

El ser humano, como realidad pensante, ha sido siempre una preocupación fundamental de su propio pensamiento. Se pierde en la noche de los tiempos la identidad de aquel remoto —y, por supuesto, desconocido-antepasado nuestro, que un día se formuló por primera vez las grandes interrogantes: ¿Qué (o quién) soy? ¿Qué hago aquí? ¿De dónde vengo? Y, sobre todo: ¿Hacia dónde voy? Tuvieron que transcurrir milenios para que, finalizando el Siglo de Las Luces, I. Kant las resumiera en una sola: ¿Qué es el hombre?¹

La Antropología Filosófica, ciencia nacida a comienzos del pasado siglo XX, intenta alcanzar una comprensión objetiva y adecuada de la naturaleza humana; para ello, no es suficiente responder a la pregunta de Kant por el “qué” del hombre; sino también plantearse otra interrogante crucial: ¿Cuál es el sentido de su vida? Porque lo más específico del hombre es su interioridad y su libertad: se contempla a sí mismo en camino hacia la realización de su existencia. El ser humano experimenta la necesidad de saber que todo lo que hace y todo lo que le sucede es por y para algo; es decir, que posee un sentido.

Y, sin embargo, el ser humano de hoy con frecuencia se encuentra perdido en la existencia, como si no supiera quién es, de dónde viene, a dónde va y mucho menos qué tiene que hacer. Esta situación fue puesta de relieve por SS Juan Pablo II en su Carta Encíclica *Fides et ratio*, al afirmar: *Se ha de tener presente que uno de los elementos más importantes de nuestra condición actual es la “crisis del sentido”. Los puntos de vista (...) sobre la vida y sobre el mundo, se han multiplicado. Precisamente esto hace difícil y a menudo vana la búsqueda de un sentido. Y, lo que es aún más dramático, en medio de esta barahúnda en que se vive (...) muchos se preguntan si todavía tiene sentido plantearse la cuestión del sentido*².

El ser humano concreto existe dentro de un contexto muy bien delimitado, en el mundo y en la historia; pero sólo descubriendo el sentido de su vida puede trascender su existencia. Esta búsqueda de sentido se manifiesta en la elección de valores y en la adhesión a ellos; y se hace absoluto personal en el otro, como valor de valores. Todo ello hace que esta experiencia mantenga a la persona en una búsqueda permanente: *...Ese tener lo que no se siente — ha dicho K. Marx—; ese sentir la falta de algo que nos es menester; ese ser sustancial y activamente menesteroso, es la condición humana*³.

El personalismo, movimiento de pensamiento y acción que afirma el valor absoluto de la persona humana, así como el del encuentro interpersonal como medio necesario de crecimiento de ésta como tal, reconoce en ella tres dimensiones: Vocación (dimensión trascendente: apertura más allá de lo adquirido); encarnación: (dimensión descendente: compromiso con la realidad); comunión (dimensión horizontal: desprendimiento de sí mismo y

donación a los otros). El ser humano, por lo tanto, es integración, compromiso, comunicación y donación; va unificando progresivamente todos sus actos, dentro de su propio interior y este proceso constituye la vocación personal, que da sentido a su vida. Ninguna otra persona, ni mucho menos la colectividad, puede usurpar esta función: nadie puede ser persona por otro.

Si se tiene en cuenta lo expresado en el párrafo anterior, resulta evidente que, cuando hablamos de sentido de la vida, no se está haciendo referencia al significado concreto e inmediato de cada una de las acciones humanas, individualmente analizadas, sino de un complejo proceso integrador, en el curso del cual el ser humano va descubriendo que su vida posee una finalidad última, con un sentido global y totalizador, que incluye todos los múltiples componentes de su actividad como ser-en-el-mundo. No es una afirmación de orden intelectual ni una ingeniosa elucubración de carácter filosófico, sino un saber que se adquiere viviendo, personal e intransferible. Supone una implicación de toda la existencia humana en lo que se vive, de tal modo que se sienta satisfecho, integrado y situado. Las personas manifiestan precisamente cuál es la idea que tienen sobre el sentido de su vida en el modo en que encaran la existencia; por esta razón, se puede afirmar que, del modo como cada uno vive, es posible deducir cuál es el sentido que da a su vida.

Estas son algunas de las claves de ese gran enigma que es la naturaleza humana: la libertad, la espiritualidad y la intencionalidad en el vivir (el destino concebido como teleología, como causa final); sólo pueden ser entendidas si concebimos al ser humano como un sujeto particular que trata de pensar, explicar y transformar la realidad que le circunda, mediante un encuentro entre ésta y su interioridad. Por eso decía Pascal que, aún cuando el universo le aplastase, el hombre sería más noble que lo que le mata, puesto que él sabe que muere y conoce la ventaja que el universo tiene sobre él. El universo, no sabe nada.

¹ “El campo de la Filosofía puede reducirse a las siguientes preguntas: ¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me está permitido esperar? A la primera responde la Metafísica; a la segunda, la Moral; a la tercera, la Religión y, a la cuarta, la Antropología. Pero, en el fondo, se puede considerar todo ello como perteneciente a la Antropología, pues las tres primeras preguntas se refieren a la última”. Citado en: García Morente M. Una introducción a la filosofía de Kant. Madrid, 1961.

² Juan Pablo II: Carta Encíclica *Fides et ratio*, 81, 1998

³ Marx K: Obras completas vol. 12, Madrid 1983. p.138